

LA HOGUERA DEL CAPITAL

Esta obra resultó ganadora de la V edición del Premio De Hoy 2012,
convocado por Ediciones Temas de Hoy, Grupo Planeta,
y fallado por un jurado compuesto por
Santiago Dexeus, Fernando García de Cortázar, Nativel Preciado,
Fernando Trías de Bes y Belén López Celada

VICENTE VERDÚ
**LA HOGUERA
DEL CAPITAL**

Abismo y utopía a la vuelta de la esquina

PREMIO  DE HOY

Para mi hermano Manolo, para siempre

«La razón es la causa de que falseemos
el testimonio de los sentidos.»

FRIEDRICH NIETZSCHE, *El crepúsculo de los ídolos*

PRÓLOGO

NADA SERÁ IGUAL

Lo llamativo, acaso lo más clamoroso de toda esta Gran Crisis, es que no se ha sabido cómo paliarla ni salir siquiera todavía de sus embates. No lo saben los ciudadanos, desde luego. Pero tampoco lo saben sus gobernantes ni los expertos en economía o en nigromancia.

Como consecuencia, la crisis ha adquirido los caracteres del Gran Monstruo que vemos representado imaginariamente en las películas del fin del mundo. Ese monstruo que es la crisis opera a su antojo, revolviéndose contra las medidas que se consideran curativas, enardeciéndose cuando se le trata de calmar o mostrando partes de sí mismo tan obscenas como difíciles de haber sido soñadas. Este monstruo, más emocional que racional, más efecto de una patología colectiva y sentimental que consecuencia de la organización moderna, lo ocupa y coloniza todo a la manera de un vendaval venido como del más allá. O, lo que es menos fantástico y más temible, proveniente acaso del más acá, tal como si este mundo que se consideraba censado, regulado y poseído enseñara su rémora salvaje al margen de toda investigación cabal.

¿Un monstruo económico? En primer lugar, ese es su aspecto. En una primera consideración, esa es su naturaleza. A golpe de vista, ese es su golpe de Estado permanente. Sin embargo, todo indica que ese siniestro económico no nace enteramente de sí, sino que tiene su causa original en la debilidad política y el pecado de lenidad, por omisión o comisión, del corrupto sistema de representación democrática que sigue actuando hoy como un dañino mostrenco.

Un Gobierno internacional se hubiera hallado siempre en mejores condiciones para tratar de igual a igual con las grandes corporaciones, pero precisamente este desajuste ha contribuido a acrecentar los movimientos de capitales a escala planetaria y una velocidad especulativa que ha ridiculizado la cadencia de todas las instituciones, de la Unión Europea o no, grotescas ya de por sí. Instituciones demasiado morosas, retóricas y palaciegas superadas una y otra vez sin importar las cumbres en que se representaran y de las que saltaban de una a otra como duendes de un circo sin efectividad real.

Un ejemplo: desde finales de octubre de 2010 a finales de octubre de 2011 se celebraron cinco grandes cumbres entre líderes europeos y autoridades de la UE para salvar el euro. Pero todas ellas, sin excepción, dieron lugar a un desplome de las bolsas y a un aumento de las primas de riesgo veinticuatro horas después. El dinero se burlaba de los diletantes y la aceleración de los acontecimientos financieros siempre dejó rezagados a los supuestos policías de la prosperidad general.

El guion divino

El tratamiento mediático del superacontecimiento, tan importante como el acontecimiento mismo, si es que pudiera establecerse

alguna distinción, ha empleado una rica gama de angulares, tal como corresponde a este mundo facetado y complejo, y tal como han ido aprendiendo los estudiantes de diseño, imagen y sonido, e incluso los estudiantes de segundo de escolar.

Desde cierto punto de vista, el guion de la Gran Crisis se centraría en el hilo argumental del sistema capitalista preexistente que, llegado al extremo del capitalismo absoluto, se prende fuego en la llamarada especulativa. Arde en fogaradas y centellas o se ahoga plateado y fundido en su desierto de liquidez, en la ficción de la ficción, con espejismos incluidos.

El poderoso y gigantesco sistema, no una empresa de pueblo, representaría así una suerte de Cirque du Soleil en llamas. Como la misma Atenas la noche en que se aprobó por el Parlamento el último ajuste criminal.

Efectivamente, puede que, pese a todo, el sistema no muera. Pero puede ser que el sistema se haya acercado a un punto en que no puede prosperar sin explotar. Pero entonces él mismo se explota como número final de su teología.

Sacrificio de sí mismo para reencarnarse en un modelo redentor, porque, sin comunismo o socialismo alternativos a los que aniquilar, la victoria solo es posible venciendo a sí mismo, dándose muerte al hacer desaparecer a millones de seres humanos, empobrecidos, sin casa, expoliados hasta el punto de la inanición o la ebullición. Al punto de la fingida revolución. Al punto capital de la Tercera Guerra Mundial, hacia donde van dirigidas las escaramuzas con Irán, la búsqueda del tesoro de Libia, la macabra danza que se baila con China o la Europa de la autodestrucción.

¿Final del capitalismo? ¿Final de *este* capitalismo? Qué más da. El capitalismo hace años que ha dejado de ser un sistema determinado y sus condiciones forman parte de la condición misma de la humanidad. Lo que está en juego no es, pues, el advenimiento de un orden económico o social, sino el desarrollo, o no, de la

misma condición humana. Y no la nueva condición humana de la Ilustración, sino la del eximio desorden de hoy, que se representa tanto en la familia como en el consumo o en innovadoras y diferentes clases de amor.

Las medidas que se toman, tan parecidas al mal que quieren vencer, no son otra cosa que la expresión de una vana redundancia, repeticiones del moribundo ante su fin, convulsiones iguales del monstruo que, con la intención de revivir, dibuja los estertores de su defunción. Teratología que, buscando acaso incorporarse, magnífica, en forma de zombi, el rostro de la desvencijada contemporaneidad.

Pero ¿de ese caos, incluso sin pistas, será esperable una resurrección? Una resurrección por reacción. Una inversión por aversión. Todo ello queremos creerlo. Morir incluso. No hay quizás más remedio que morir uno a uno para aspirar a cambiar colectivamente. Pero ¿cómo aceptar ese sacrificio tan negro? ¿Cómo frenar el empobrecimiento masivo y hasta el ingreso nulo si no hay más que un repetido balance cero entre las teorías que se afrontan y anulan entre sí?

En medio de la hecatombe, la consolación radica en que este destrozado dará lugar a una realidad mucho mejor, puesto que peor ya no nos cabe en la cabeza que se pueda estar. Queremos creer, con Hölderlin, que «allí donde hay peligro, también surge la salvación». Queremos creerlo, pero efectivamente esta creencia remite a tiempos míticos en los que su desenlace no provenía del quehacer de los seres humanos, sino de la extraña voluntad estoicástica del Creador.

¿La invisible mano del mercado nos dará su bendición divina? Pues claro que no. O claro que sí. El conflicto supera los pares del bien y el mal, las frases hechas y los modelos aprendidos.

Nada será igual y este es el momento de hacer efectiva la humanidad, ya sea a través de la igualdad contra la desigualdad, de la

solidaridad frente a la desconfianza, de la libertad frente al miedo y del tecnicolor frente al pensamiento monocromo. Es decir, toda la pluralidad en miscelánea frente al preestablecido pensamiento guardián. No es el fin de la Historia, sino el principio de Otra Historia. Una historia inédita que mediante su metamorfosis llevará a un porvenir más saludable y empático, más cariñoso, complejo y vecinal.

I. LA BELLEZA DEL DESORDEN

Si esta crisis posee una insólita magnitud, no solamente ha de atribuirse a que se trata de un asunto financiero, sino a que nos enfrentamos a una crisis económica, social y cultural al mismo tiempo y cuya complejidad desconcierta incluso a los más sabihondos. Hasta premios Nobel, por ejemplo, se declaran incapaces de encontrar la causa y la solución al problema. Así lo confiesa el norteamericano Joseph Stiglitz, Nobel de Economía 2001: «Si no tenemos una mejor comprensión de las causas de la crisis, no podremos implementar una estrategia eficaz de recuperación. Y, por el momento, no tenemos ni lo uno ni lo otro» (*Other News*, 17-10-2011).

¿Nunca llegaremos, pues, a comprenderla bien? Puede ser, porque una intuición nos dice, a través de los sortilegios constantes, que una suerte de liza entre el entendimiento y la realidad se encuentra presente. Los mercados deberían subir tras la aprobación de las medidas que solicitaron, pero, al contrario de lo que podría esperarse, bajan al día siguiente con una ferocidad mayor.

La alianza de los comportamientos especuladores con la sorpresa no es una sorpresa, pero ahora lo hacen mediante fintas que superan las estrategias de los analistas y se revelan de una personalidad tan rara que requeriría otros patrones para desmontar su significación. En no pocos casos, recuerdan al encantador de perros o a las nanis que, si saben dominar a los perros locos o a los niños hiperagresivos, solo ellos logran hacerlo. El resto cae en la mayor desesperación.

Algún encantador mercantil y mago de la especulación podría atajar los malabarismos destructores de los rebeldes mercados, pero ¿dónde está? El mundo, sumido en la impotencia, alza los ojos hacia un líder imaginario, un médium que entienda los recovecos de la ficción y ataque sus velocidades arrasadoras, sus burlas al sentido común y su caprichosa libertad, siempre para hacer la crisis más grave, siempre para hacerla más dura y duradera.

El tallo y la paja

El mundo es injusto, el mundo es descabellado, el mundo demuestra su inclinación arbitraria y cruel. Esto pensamos en algún momento, pero solo en algunos momentos. La mayor parte del tiempo transcurre ante nuestros ojos barnizado por una explicación racional. Sin embargo, ahora, lo racional ha sido extirpado de la vista y la escena se compone y descompone con malabares que, sin saber a qué responden, nos indican que es un poder aún ignorado quien dirige sus bailes, sus travestismos, su fluidez para no dejarse apresar.

De este modo, el sistema capitalista de ficción, patinando sobre la especulación, no será ya más ni menos injusto, errático o trivial, sino que los errados o idiotas seremos nosotros. Sujetos ignorantes y errados que deben aprender no solo a conocer mejor la nueva

realidad, sino también su nueva alma y las esquinas torcidas de su humor interior. Sin haber entendido estas variables, el sujeto vive al borde de cualquier calamidad, que podrá matarle en medio de la ceguera.

«En el transcurso de los últimos 50 años —dice Noam Chomsky en su célebre decálogo *Armas silenciosas para guerras tranquilas*— los avances acelerados de la ciencia han generado una creciente brecha entre los conocimientos del público y aquellos poseídos y utilizados por las elites dominantes. Gracias a la biología, la neurobiología y la psicología aplicada, el “sistema” ha disfrutado de un conocimiento avanzado del ser humano, tanto respecto a su condición física como psicológica. El sistema ha conseguido conocer —o aparentar que conoce— mejor al individuo común que lo que el individuo se conoce a sí mismo. Esto significa que, en la mayoría de los casos, el sistema ejerce un control mayor y un gran poder sobre los individuos, mayor que el de los individuos sobre ellos mismos.»

Ejerce ese control hasta volver del revés los supuestos de la teoría económica conocida y entierra bajo el absurdo la medida tradicional. Así viene a suceder cada vez que de la recesión pasamos a la esperanza del tallo verde, y del esperanzado tallo verde a la paja humeando en plena combustión.

El cáncer y el espejo

Anosognosia es el nombre científico para designar a quienes se niegan a querer saber lo malo, se trate de una quiebra o una grave enfermedad. Nos diagnostican un cáncer, pero nos esforzamos en convencernos de que con voluntad lo venceremos, o que acaso no sea tan grave y responderá al tratamiento. Nos vemos feísimos en la foto, pero pensamos que se debe a la cámara, a la luz o al mismo enfoque. Nos descalifican en un premio de literatura y

concluimos que no han sabido interpretarnos. Entonces la pena se transforma en ira.

De este género es la contumacia de las autoridades políticas o económicas que de buena fe tratan de superar la crisis. Les cuesta admitir su ignorancia y añaden con ello más leña al fuego, más anosognosia a la incineración. *Non tibi notus erit, quamvis speculum speculeris*, «no te conocerás aunque te mires en el espejo», decía un aforismo medieval. No te conocerás y no conocerás esta situación en tanto no la consideres teratológicamente, al margen de las figuras familiares o de convención.

Así, con mentiras, se afronta la frustración de las cumbres y los nuevos Gobiernos; así, con mentiras, siguen en el repetido pronóstico de que las cosas irán mejor, desde luego, sin saber cómo ni por qué. Nos hallamos, pues, ante la Gran Incógnita de la Gran Crisis. O, lo que es más exacto, ante la incógnita de una Nueva Época. Porque, en definitiva, o a esta crisis se la toma como a una *epoch-making*, o cualquier diagnóstico será un pobre cuento más. El problema es integral, es basal y sigue creciendo, a falta de un tratamiento que aborde su complicada polivalencia.

Un mundo dividido en secciones —economía, política, sexualidad, religión, ciencia—, como el pasado dictaba, es un mundo concebido a imagen y semejanza de la máquina newtoniana; mientras que a un mundo complejo como el presente solo le conviene un sistema en interacción, confusión y copulación.

Así como, respecto al cuerpo, es científicamente impertinente diagnosticar sus males sin tener en cuenta los nexos psíquicos y orgánicos, interiores y colectivos, nada se entendería bien del actual galimatías examinándolo como a un mecano. Los nódulos de mayor importancia cursan entre resortes multifuncionales que, como en las redes sociales y otras redes físicas o morales, son una madeja donde cabe lo necesario y lo malo, la velocidad y la emotividad.

Nadie duda ya que esta crisis, considerada en conjunto, no es otra cosa que un fenómeno complejo y eminentemente emocional. ¿Medidas racionales? ¿Cálculos presupuestarios? ¿*Ratings*? El engendro que nos acosa es un fenómeno esencialmente compuesto de emotividad. La crisis fue creciendo con esa sustancia térmica y se enfría o se recalienta al compás de los vaivenes pasionales de los agentes, anónimos o no.

Todo el organismo, muy complejo en sus elementos, no es sino una importante criatura emocional. ¿O es que no se había detectado que la emoción estaba inscrita ya en la nueva época del siglo XXI, en la inteligencia, en el marketing, en las producciones religiosas o laicas, a imagen y semejanza de un mundo romántico que amaba el presente y no vivía sino para procurarse placer? El mundo de la razón se corresponde ya menos con el mundo de la libertad y de la represión conocidas. Pero el mundo de la orgía y su especulación se corresponde con el nuevo universo del delirio.

Esta crisis maligna es, sobre todo, imponente, porque a diferencia de la de otros tiempos, se alimenta de comportamientos apasionados, adquisiciones demenciales, apuestas a golpe de vista, irracionalidad más irracionalidad. Igualmente, al contrario de los departamentos estancos que definían el ordenado tiempo de la modernidad, obsesionado por la clasificación y la taxonomía, la posmodernidad y sus actuales secuelas imitan la naturaleza de un bazar de mil ofertas, misceláneo y surtido, dentro y fuera de internet.

Los ojos cruzados

Definir, acotar, determinar, encerrar fueron las aspiraciones de la modernidad, se tratara de mercancías o de personas, de instituciones amuralladas, que se fundaban en el poder de vigilar y castigar. Tanto los pecados como las virtudes poseían no solo nominación

exacta, sino también grados de realidad concretos. Igualmente, los países se acaloraban con los nacionalismos estancos, y los matrimonios con su hermética y confinada indisolubilidad.

El empeño por crear partidos, clases, castas, sectas, secciones y escisiones es coherente con el predominio de la idea de enumerar y clasificar sobre la idea, hoy presente, de integrar. Los partidos, partidos en varios, partidos de dos, son fruto de esa época. Pero ahora la ciencia es un metal blando y curvilíneo, con espacios oscuros, indeterminados e imprevisibles, y los partidos se cruzan y cambian recetas entre sí. Puede ser incluso que en el futuro no haya una ciencia, una verdad científica o una ideología, sino un racimo de verdades tan profusas como los colores que forman un cuadro y crean armonía desde perspectivas de diferente función. Internet y sus webs sociales son una metáfora de este conocimiento formado por ópticas y cristalinos diversos, desde ángulos imposibles unos, frontales otros e incluso enfrentados algunos más.

Hasta hace poco, cuando todavía no se habían desintegrado los objetos, la clasificación por tamaños, naturalezas, colores o funciones se correspondía con el mundo de la botánica o la obsesiva cristalografía geométrica del siglo XIX. También, del mismo modo, se categorizaron los libros por materias y se situaban organizadamente en los anaqueles de las grandes bibliotecas, depósitos articulados del saber. Pero cuando los artículos, los libros, los discos, las máquinas de fotos se mezclan y coexisten hasta lo innumerable en el espacio intangible de la red, el iPad o el móvil, ¿a qué clasificación puede recurrirse con nitidez?

La disponibilidad inmediata ha sustituido a la acumulación. Es anacrónica la casa cargada de discos y libros, es inactual sumar diplomas para el currículo e incluso conocimientos para la erudición. Cualquier dato principal o suplementario se halla en la red y cada vez más en la nube. Una nube informática que puede considerarse ahora como la máxima representación de una humani-

dad tan compleja como caótica, tan saturada como evaporada hasta el cielo sin fin.

Desvanecida físicamente a causa de la exacerbación, la complejidad y su recalentamiento, sus interrelaciones incontables dispersan o desvanecen las entidades que, a su vez, cambian de aspecto y de naturaleza. Prácticamente todas las películas de ciencia ficción en torno a *Matrix*, *Orígenes* o *Paycheck* no hablan de otra cosa.

Wize.com, por ejemplo, es uno de los sitios donde la especialidad clasificatoria ha sido reemplazada por la diversidad, y la taxonomía ha sido sustituida por el modelo del mosaico. Fundada en 2005, esta web se conecta con más de 7100 websites y contesta a preguntas sobre unos 31 000 productos distintos. ¿Qué contesta? Hace ver cuáles son las opiniones de los expertos, de los usuarios y, como complemento, qué grado arruina o aureola la cosa en cuestión, aproximadamente. Todo ello llega al potencial cliente, que dispone además de diferentes enlaces, para que con la puntuación final —expresada en colores o en signos— pueda revisar los detalles que le inquietan.

A más información, superinformación. A mayor número de ítems, menos clasificación. El infinito de la información se halla a dos pasos del enigma y su extrema confusión también. Solo la emoción resuelve de un golpe, mediante un *blick*, este almacén de factores. La miscelánea se representa en las muchas webs que ya valen para casi todo y cuya información nos sirve en tanto la tratamos con la impresión. El golpe de vista y no el golpe militar permanente. La impresión y no la prisión del catálogo.

La mentira en horas

A este nuevo orden, David Weinberger, catedrático en Harvard, lo llama «desorden», *the power of the new digital disorder*. Un pro-

ducto se descompone ahora con más facilidad que antes en su valor de cambio y su valor de uso, siendo a la vez cada uno de ellos desmontable en numerosos subcomponentes fractales.

Así, al igual que cada vez resulta más impertinente clasificar a los libros de acuerdo a los antiguos rótulos de ficción y no ficción, filosofía y autoayuda, es imposible también fijar hoy la naturaleza de una música teniendo en cuenta, precisamente, que la música ha pasado de ser un bien cultural a un recurso terapéutico, ambiental e incluso un recurso básico, a la manera en que está surtiendo al mundo con su ubicuo fluido.

Prácticamente en todas las artes la imbricación de diversión y conocimiento, acontecimiento y popularidad, sensación y sensibilidad genera una hueste de hijuelas, híbridos y mestizos, cuyo universo general redondea la generalidad de la miscelánea. Los estudios, los trabajos, los centros comerciales, los turismos, los aeropuertos, las alteraciones climatológicas, las enfermedades, las primas de riesgo y las modas son misceláneos.

Las viejas instancias continúan orientándose por la distinción entre sota, caballo y rey, pero ¿quién no advierte que este modo de mirar se corresponde con haber perdido el horizonte? Incluso el acierto, el error y la indeterminación conviven en proporciones de miles de millones de dólares, como han demostrado tanto las equivocaciones de las agencias de *rating*, como las previsiones del FMI o los departamentos de estudios de bancos centrales o instituciones financieras particulares.

Los mandamases del FMS, el banco basura del Hypo Real State, una entidad alemana de enorme tamaño, declararon el 31 de octubre de 2011 que en sus cuentas habían cometido un error que suponía haber eludido una cantidad de 55 000 millones de euros, cuya existencia —afirmaron— desconocían. Esta cantidad hizo descender 2 puntos la deuda pública alemana, que así bajó del 83,7 al 81,1 del PIB en unas horas. ¿Por arte de magia? No. Como efecto del sistema.

También Standard and Poor's proclamó el 10 de noviembre de 2011 que se había equivocado en la calificación de la prima de riesgo de Francia y en unas horas, antes de su rectificación, descendieron los valores bursátiles y aumentaron los tipos de interés que Francia debía pagar por su deuda soberana. ¿Todo ficción? El error fue real, pero la ficción se había situado ya a la misma altura.

La agencia de calificación S & P lanza falsas calificaciones que horas después se atribuyen a un error técnico. Pero en sus manos, gracias al intercambio entre verdad y falsedad, el bien y el mal se conmutan en las ganancias y las pérdidas de miles de millones de dólares, puesto que ya, en todo, la nube es nuestro destino y la lluvia en el desierto de Las Vegas en pleno *entertainment*.

La atracción del narcotráfico

John Bellows, alto cargo del tesoro norteamericano, llamaba «árbitros vendidos», como en el fútbol, a las emponzoñadas agencias de *rating*. S & P bajó la calificación AAA para la deuda de Estados Unidos a AA+ el 5 de agosto de 2011. Luego alegó, como otras veces, que había incurrido en algunas equivocaciones contables. Lo había hecho, dijo S & P, impulsada por las inquietudes que registró ante la «débil e improvisada política fiscal» del Gobierno norteamericano.

Pero esa supuesta debilidad atribuida al Gobierno le llevó a pactar con los republicanos nada menos que un recorte del déficit de 917 000 millones de dólares en diez años y a reducciones adicionales del gasto militar y social, superiores a 1,2 billones de dólares. El error de S & P inducía a rebajar la calificación de Estados Unidos ante el mundo y a provocar un efecto dominó de unos dos billones de dólares. De modo que, aun admitiendo su falta, a eso

de las 5.30 de la tarde, nueve horas después del «accidente», el estrago ya estaba aparatosamente cumplido.

A causa de estos fenómenos —donde subyace la especulación y las ganancias fáciles «asesinando» a otros— en Estados Unidos se investiga ya a estas agencias con el código penal. La SEC (Comisión del Mercado de Valores) les imputa, entre otros desastrosos —o interesados— pronósticos, la atribución de la máxima calificación a los productos de Lehman Brothers días antes de su quiebra total y, además, el haber concedido la nota superior a las hipotecas *subprime*, en vísperas de su diarreica implosión.

También la prima de riesgo francesa aumentó casi para siempre por negligencia de S & P y a la agencia no se la encerró en prisión. ¿Por qué no se las elimina? ¿Por qué no se las penaliza duramente cuando cometen errores? No se las elimina porque sirven de faro a los mercados y los mercados son tan indecibles como el mismísimo Dios. Y no se las penaliza, en suma, porque se teme que las consecuencias reactivas sean todavía mayores, y como alimañas heridas empeoren más la mala situación.

Las agencias de calificación fueron denunciadas ante los tribunales europeos y se les requirió indemnizaciones por parte de la Comisión Europea a mediados de noviembre de 2011. Sin embargo, los responsables de que las agencias hayan adquirido tal potestad son, al cabo, esas mismas instituciones que necesitan alguna vez su buena calificación para poder computar sus valores como capital básico, y para beneficiarse del respaldo de solvencia que ellas, según las coyunturas, les otorgan.

En España, la Unión por las Libertades Civiles y el Observatorio de los Derechos Económicos y Sociales acusó, en febrero de 2011 y ante la Audiencia Nacional, a las tres agencias (Fitch, S & P y Moody's) por sus rebajas en la recalificación de la deuda española. Las denunciaron por uso de información privilegiada para alterar los precios del mercado y porque, en su razonada opinión,

se produjo un claro conflicto de intereses entre el beneficio procurado a los clientes de las agencias y el detrimento del público en general. Como en el narcotráfico, la noticia oficial se forma y deforma de acuerdo a la cantidad de dinero que el soborno establece.

Tanto las agencias de Bloomberg como la de Reuters, que calificaron la prima de riesgo de España por encima de la de Italia y con un valor de más de 500 básicos a las 8.30 de la mañana del día 18 de noviembre de 2011, hicieron ganar miles de millones a los especuladores antes de que una enérgica intervención de la ministra de Economía, Elena Salgado, hiciera rectificar esta cifra y colocar sus datos a un nivel que rebajaba el interés de los bonos a menos del 7 por ciento (tal como había sido la referencia horas antes) para los mercados.

Finalmente, el poderoso Goldman & Sachs, entre otros analistas de acreditación semejante, ha errado varias veces, intencionadamente o no (es decir, intencionadamente), diagnosticando tanto la prosperidad como la quiebra de otras empresas y países. ¿Hay que repetirlo? ¿Dónde está la verdad verdadera de lo cierto? La incógnita ensarta a la verdad como una bagatela y lo verosímil se hace permanentemente versátil. La situación se mueve erráticamente mediante un error y su desorden se erige en la nueva taumaturgia.

El enredo de las agencias de *rating*, las rectificaciones sobre la calificación de la deuda soberana en Francia, los intereses cómplices de los analistas, la especulación de la especulación viven los mejores tiempos, puesto que no hay referencia de valor, no hay valor que permanezca, ni pronóstico que calibre su verdadera tensión arterial. Los calificadores ¿obtienen beneficios de sus maleficios? Puede ser. ¿Consiguen hacer ganar anunciando pérdidas? Claro está. Como es claro que todo plan de austeridad, de recortes y ajustes en el seno de la zona euro se traduciría en una

caída del índice de crecimiento, las agencias de calificación se basan en ello para degradar la nota del país. Pero, como es obvio, el país degradado deberá dedicar más dinero al pago de su deuda. Un dinero que necesitará conseguir recortando aún más sus presupuestos, con lo cual se reducirá necesariamente su actividad y sus perspectivas de crecimiento. ¿El final de este círculo vicioso? Un sumidero que, como en la película *Psicosis*, convertía el miedo en aullido y el aullido en el fin de la respiración.

El mundo envuelto en su madeja

Ni lo pulido ni lo rugoso. La máxima actualidad formal se inspira hoy tanto en la arquitectura como en el diseño de cocinas, en los llaveros o en los vestidos, por la regla del facetado. La moda, desde los bolsos de Prada a los edificios de Rem Koolhaas, desde los nuevos móviles a los rascacielos y los automóviles recientes, se presenta facetada. En general, lo facetado sustituye a la verdad única. La belleza y la fealdad, lo correcto y lo incorrecto, dependen espontáneamente del punto que se ocupa en un espacio sin el ojo omnicomprendivo de la Razón o de Dios.

La multiculturalidad se corresponde con la tipología de lo multifacético, y la especulación con el reflejo aquí o allá. La facetación de la arquitectura o del objeto, de la pintura o de la nueva cocina viene a corresponderse con un mundo donde ha desaparecido la pesa exacta y su «inmaculada concepción», la pérdida de la univocidad que hace trizas el canon.

Lo facetado invita a palpar la distinta tesitura de un solo objeto y a constatar que su estructura no podrá ser sintetizada. Gracias al facetado, el objeto se libra de una óptica lógica y pasa de la visión no unívoca a la multívoca. No se trata de una faz, sino de varias faces o fases, caras cercanas que se rozan sin juntarse,

anexionadas sin fundirse, ajustadas sin integrarse. Todo este mundo polimórfico carece, en consecuencia, de tragedia, que es una categoría de insoportable troquel.

La apariencia del objeto facetado es la de un rostro acaso torturado, pero, al cabo, se trata tan solo de un artificio que convierte su quebradura en un juguete, su tortuosidad en un recreo y su aparente excepcionalidad en una fórmula cubista para enriquecer el ojo del espectador. «Debemos hallar el orden en el desorden», dicen los nuevos urbanistas. Pero también los científicos, los artistas plásticos, los móviles de tercera o cuarta generación, las webs sociales, el mundo de la comunicación y la información que se encuentran en plena danza abigarrada.

«El desorden no destruye el orden, su estructura y organización, sino que es la condición de la formación posible y de la transformación», dice Ilya Prigogine, premio Nobel de Química 1977 y uno de los autores más interesados en la aleación entre humanismo y ciencia. Vivir en el desorden —sin duda transformador— constituye la exigencia central de esta Gran Crisis. Crisis que, contra el reduccionismo de los economistas, afecta frontalmente al desorden familiar y escolar, al desorden amoroso y al desorden cultural.

El jardín geométrico francés y su repelados setos, propios de la máxima razón ilustrada, se desmochan ante el vendaval de la naturaleza desgredada, la norma de la improvisación, el mundo de la interacción o el videojuego sin final anticipado. En las artes, la belleza de su negligencia es un paso popular desde aquella belleza convulsa del vanguardismo, hace ahora nada menos que un siglo.

Frente al orden de la fe, la complejidad de la culpa; frente a la normativa teatral de presentación, nudo y desenlace, la turbadora cinta de Moebius ocupando toda la escena. No se trata ya de un nuevo orden canónico que en su caso podría ser objeto de predicación, sino del desorden como elemento central de la materia y

de su relato o, mejor, del espíritu de la cultura ardiendo en los infiernos de la insignificancia y la significación.

El arte del dinero del arte

El actual mundo del arte lo representa muy bien. La importancia de las transacciones, las inversiones masivas, los altísimos precios, la excitación de las subastas en los primeros años del siglo XXI, previos a la crisis, convirtieron el mercado de arte en el más elevado territorio especulativo. La cifra de negocios de su mercado mundial pasó de 27 700 millones de euros en 2002 a 43 300 millones en 2006. El epicentro de este mercado fue y es Nueva York, aunque el arte moderno y contemporáneo se ha vendido cada vez más en China, la India, Indonesia o Dubái. De hecho, el mercado de arte chino ocupa ya el tercer lugar mundial, detrás de Estados Unidos y de Inglaterra.

En 2007, China representaba el 24 por ciento de las transacciones artísticas, pero, además, entre los veinticinco artistas más cotizados del mundo, la mitad eran chinos. En 2008, Zhang Xiaogang ocupaba el segundo lugar, por delante de Anish Kapoor. Y superar a Kapoor no es cualquier cosa. Este artista de 56 años, de madre judía e iraquí y padre hindú, ingresó 37 millones de euros en 2010, más que Cristiano Ronaldo (29 millones) o Lionel Messi (25 millones).

¿Por qué vale tanto lo que hace Kapoor? En realidad no vale casi nada, pero el valor del arte es el valor del arte. No hay más secreto que el secreto de los mercados y la interacción de sus factores, ya sean comerciales, estéticos, pintorescos, machistas y/o sensacionalistas. Toda idea que se relacione con el valor del arte actual se halla tan contaminada de elementos extrínsecos que de antemano invalidan las valoraciones con sentido común. Pero incluso

la idea de lo artístico ha sido tan carcomida por la potencia del mercado que no luce la obra como tal, sino que la mercadotecnia como la luminotecnia iluminan su precio y ocultan aquello que no recibe esta lumbre de plató.

«Si firmara una cagada de perro, sería arte», declaraba Damien Hirst, uno de los artistas más altamente cotizados en el mundo y con mayor índice de depreciación, un 73 por ciento en 2010. Pero Hirst, que forma parte del grupo promovido por los publicitarios Saatchi & Saatchi y se inscribe dentro del grupo de los Jóvenes Pintores Británicos lanzados a través de la exposición *Sensation* de 1997, ve el arte de hoy como un asunto separado de lo artístico. Sus pinturas en serio han recibido las peores críticas y sus pinturas de broma (tiburón en formol, calavera con brillantes, escultura de su rostro sobre su sangre congelada), la mayor publicidad y las más elevadas cotizaciones.

En cualquier caso, unas producciones como otras se venden a un precio perfectamente irracional, puesto que lo común de ellas es la marca Hirst que sube y baja, se infla o estalla como una burbuja mobiliaria. Hace, además, mucho tiempo que el arte dejó de pertenecer a una esfera distinta del marketing y, en consecuencia, su ponderación carece de sentido propio.

El sinsentido podría ser, como enseñaron las vanguardias, su sentido. Pero ni eso. Su sinsentido es un meteorito que espera engastarse en un azar donde sus partículas brillantes crujen como los millones de pipas de girasol hechas de porcelana que el artista chino Ai Weiwei extendió por la Sala de Turbinas de la Tate Modern en 2011. ¿Millones de pipas admiradas en virtud de la disidencia del artista recluido por las autoridades chinas en su hogar, o sencillamente admirables por el trabajo que había supuesto la decoración de todas ellas una a una, más la tontada de acumularlas después?

¿Una metáfora? ¿Un espectáculo? ¿Un ingenioso absurdo? Todo

se junta en la compleja maniobra del marketing y cristalización de una marca, sea con el nombre del artista o del iPod.

La obra de arte se comporta así como una potencia muy contemporánea que juega el sortilegio del nuevo valor indefinible y cuyo prodigio de indeterminación evoca la posibilidad de una ecuación, capaz de trasladar la equivalencia más allá del sentido y del sentido abolido en un efecto donde lo importante es, precisamente, su sinrazón: el anonadante espectáculo de la magia inmaterial que transforma la obra humana en vaho, y transustancia el dinero en un espejo de azogue donde siempre ha bullido el caldo de la liquidez.

Varios grupos como Mongrel, Critical Art Ensemble, IOD y La Societé Anonyme investigan y desarrollan experimentalmente las relaciones entre las nuevas prácticas artísticas y el pensamiento crítico. Y, de otro lado, si el arte ha ganado mayor atención y consideración popular, no ha sido propulsando logros estéticos, sino ofreciendo sensacionales noticias.

De la misma naturaleza, la Gran Crisis no sería tan grande si hubiera perdido interés como noticia. Y aquí reside su mayor motor: el raro ingenio mediático que ha logrado reciclar la noticia diaria en su doble y su doble en un ser diferente que una y otra vez se encarna en otra nueva amenaza más fuerte y disolvente que la disuelta ayer.

Así, casi toda la información, como casi toda la arquitectura, casi toda la pintura o casi todo el cine, son hoy sensacionalistas, y la Gran Crisis se convierte en la sensación por antonomasia. La sensación de mayor escala de la historia de los dos últimos siglos. O, sin duda, la sensación más publicada y difundida, más engullida y metabolizada de toda la historia de la humanidad.